

SARA KADEFORS

*El*  
*Blog*  
WTF

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Lex Bok*  
© del texto, Sara Kadefors, 2013  
© de la traducción, Mónica Corral Frías, 2015  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: febrero de 2016  
ISBN: 978-84-08-15089-3  
Depósito legal: B. 199-2016  
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Una vez leí un artículo en el periódico sobre las fobias. Si te dan un miedo exagerado las arañas o las ratas, no tienes que evitarlas, sino todo lo contrario. Por ejemplo, puedes empezar viendo una película sobre arañas para después, poco a poco, atreverte a ponerte una en la mano. A eso se le llama «terapia cognitiva».

Durante una temporada, probé ese método con Miranda y Afnan. Van a mi clase, y aunque no quiera, me cruzo con ellas todo el tiempo. Por separado son irritantes, pero juntas resultan casi inaguantables. Lo que hacía era que cuando veía a una de ellas, me acercaba para colocarme a su lado. Mientras no hablaran, la cosa iba bien, pero en cuanto les sonaban los móviles y sus labios pintados cogían carrerilla, sentía un picor por todo el cuerpo, como una reacción alérgica. «¡Ya veees, tía! ¡Lo séee!, Joder, es que es tan guay..., sí, mola que te cagas que nos hayan invitado...» Entonces fui consciente de que esa terapia no era para mí, me superaba.

Miranda tiene un blog en el que cuenta muy poco sobre sus antiguos desórdenes alimenticios y mucho sobre su maravillosa vida. Sobre todo sube fotos de ella y de sus amigos guais. A juzgar por las imágenes, sale con gente del centro de la ciudad que siempre está a la última, van a discotecas exclusivas, los invitan a fiestas, inauguraciones y *events*, les dicen. Los temas de conversación favoritos de Miranda y Afnan son los conciertos guais, las fiestas guais y la gente guay que hace un montón de cosas guais. A veces hasta hablan de una manifestación guay en la ciudad contra los dolorosos experimentos con animales (nada guay) o contra la política de vivienda del gobierno (para nada guay). Aunque en principio pueden parecer posturas razonables, casi todo lo que dicen y defienden Afnan y Miranda resulta muy muy irritante.

La mayor parte de la peña del instituto es simple y llanamente una panda de descerebrados. En invierno las chicas llevan unos abrigos de plumas exageradamente grandes y en verano unas camisetas de tirantes exageradamente pequeñas. Van al gimnasio y salen de marcha. Algunas se empeñan en seguir montando a caballo como si todavía tuvieran diez años. A veces me asusto al pensar en cómo pueden afectarme todas esas conversaciones equinas. Creo que, aunque no quiera, se me meten por el oído y se extienden por mi cuerpo como una infección. Al final quizá me ponga gravemente enferma, o un día todo saldrá de mí a borbotones y empezaré a hablar de caballos como si estuviese poseída, que si *Topsy*, que si *Cenicienta*, que si *Lainy*...

Los chicos llevan pantalones caídos y salen de marcha. La mayoría empezó a beber ya en segundo de secundaria y, aunque dentro de nada van a terminar el instituto, toda-

vía parecen pensar que es la caña. Entrenan como locos en el gimnasio y día a día se inflan un poco más. Los chicos con cuerpos normales escasean, así que a los pocos que quedan se les debería proteger de alguna manera, porque si no, corremos el riesgo de que la gente olvide cómo es un cuerpo normal y piense que todo el mundo debe hacer ejercicio a lo bestia.

La verdad es que es absurdo tener que pasar tanto tiempo con personas que solo con estar cerca de ti ya te hacen sentir mal. Por otra parte, si desaparecieran, creo que echaría de menos meterme con ellos.

Jonatan, vestido con sus pantalones harem y con las gafas puestas aunque no hay sol, está ahí de pie apurando un cigarro. No se puede fumar en el patio, y ya le he dicho que tiene que dejar de ponerse esos pantalones porque sus piernas parecen todavía más cortas de lo que son. Pero a él se la suda, y lo respeto por eso. Cuando me acerco, hace un gesto lleno de dramatismo con el cigarro.

—Me parece que solo soy un cuerpo que va de un sitio a otro.

—Es que eres un cuerpo que va de un sitio a otro.

—Me despierto del dolor que siento aquí dentro —dice mientras se lleva la mano al pecho—. Intento fumar, pero no me sirve de nada.

—¿Síndrome premenstrual?

—No sirvo para nada. Pensaba que se me daba bien coser, pero ya ni siquiera eso lo hago bien. ¡No tengo ideas nuevas! —Tira el cigarrillo, que rueda por el asfalto—. Es horrible no tener ideas nuevas.

—No es necesario tener ideas para existir.

—Pero es que soy una persona creativa. Si no puedo expresarme, me deprimó.

—¿Me das un piti?

Saca un paquete. Son sus asquerosos mentolados, pero es lo que hay.

—No sé qué hacer para salir de este estado —continúa—. Cómo voy a volver a tener ganas de crear...

Lo señalo con el cigarro antes de decirle:

—Pasa de eso de tener que crear. Nos engañan para que pensemos que el ser creativos nos hace sentir bien, pero en realidad la creatividad nos produce un montón de angustia. ¿No te das cuenta? Creo que debes intentar librarte de esa exigencia.

—¿Y después qué hago? —pregunta al tiempo que me mira sin comprender.

Me encojo de hombros.

—De todas formas, es una idiotez intentar vomitar ideas solo porque todo el mundo dice que el «emprendimiento» es el futuro. Además, siempre hay un montón de gente que es mejor, así que el riesgo de fracasar es bastante grande. Y supongo que tienes claro lo jodido que te puedes quedar si eso pasa. Pero si lo dejas ahora, te librarás de depresiones, intentos de suicidio y de un montón de patéticas crisis de creatividad.

Se quita las gafas y me observa con seriedad.

—Paso de hacerte caso.

—Por supuesto.

—Me quieres solo para ti.

—Pues sí, mi vida carece de sentido sin ti —afirmo sin la menor ironía—. Ya lo sabes.

—¿Qué has hecho desde la última vez que nos vimos?

—Nada.

—Me lo imaginaba.

Sonrío. Sonríe. No puedo recordar haber tenido una vida en la que no haya existido esa sonrisa. Nos hicimos amigos en primero porque éramos igual de lentos y siempre nos quedábamos los últimos en el comedor, en clase. Le sacaba una cabeza y todavía se la saco; de hecho, cuando estamos tumbados en su cama, uno enfrente del otro, sus pies me llegan al hombro.

La clase empieza en unos minutos. Él se va a algo artístico y yo a algo de ciencias sociales. Los dos vamos a pasar una tarde mortalmente aburrida.

## 2

Siempre estoy deseando llegar a casa y tumbarme. La gente puede pensar que echarse en la cama y fantasear escuchando una música de fondo megapesimista es destructivo, pero no tienen ni idea de lo que pasa en mi cabeza. No es que sueñe con la muerte, eso les ocurre a otros, sino con cosas significativamente más emocionantes.

A menudo mis ensoñaciones resultan sofisticadas, hay tramas y personajes secundarios. Si suena el móvil o me molestan de cualquier otra forma, me cabreo porque es muy difícil retomar la fantasía.

Hoy va de cómo yo, una de las últimas supervivientes del planeta después de una catástrofe climática, me las voy a apañar en una montaña en plena tormenta de nieve. Acabo de librar una batalla contra los que se han hecho con el poder sobre la tierra, una manada de extraños monstruos de las nieves. A pesar de que tenía un machete y una pistola, una de las bestias logró pegarme un hachazo en el brazo, que ahora me cuelga debajo del abrigo tem-



blequeando en un jirón ensangrentado. Se avecina una buena tormenta y soplan gélidos vientos polares. Ahora solo me queda pedirle a un poder superior que un ruso con aspecto de gladiador me encuentre antes de quedar sepultada bajo montones de nieve...

La música se para de golpe. Abro los ojos a regañadientes y veo a mi madre. Y yo que creía que trabajaba hasta tarde hoy... Me habría dado tiempo a ventilar y a sentarme al escritorio. Y al oírla entrar habría levantado inocentemente la mirada de los deberes. Pero resulta que en este momento está abriendo mi ventana de par en par. Las estridentes y machaconas voces de unos chavales que juegan al fútbol al otro lado de la calle inundan la habitación.

Mi madre arruga la nariz y suspira.

—Por Dios, Lex... No puedes ahumar todo el piso.

Siento cómo mi ensoñación persiste: la montaña, la nieve, el brazo ensangrentado. Para poder regresar allí lo más rápido posible, hay que mostrarse dispuesta a colaborar.

—Por eso fumo en la ventana.

—¡Pero es que no puedes fumar en ningún sitio!

—No lo volveré a hacer.

Me mira dubitativa. No puedo evitar pensar lo agradable que va a ser marcharme de aquí. Cuando las clases terminen y se solucione lo del dinero, me mudaré al piso de mi padre durante unos meses. Me ha dicho que puedo porque está vacío.

Mi madre se acerca a la cama. Se inclina sobre mí como si inspeccionara un insecto poco común.

—¿En qué piensas ahí tumbada?

—En nada en especial.

—Te he estado observando un rato y parecías contenta.

Nunca pareces tan contenta, al menos no cuando estás conmigo.

—Estoy contenta contigo, o sea, estoy contenta cuando estoy contigo, quiero decir. Y también estoy contenta contigo como persona —afirmo después de sentarme en la cama.

—Lo dices por decir.

—No, de verdad, no se te da mal.

—Bueno, me parece que algo mal sí que *he hecho* —dice con segundas mientras me mira—. ¿No podrías jugar en el ordenador? ¿Chatear, subir fotos a Instagram o algo así? ¡Algo que se entienda!

Sé que tengo que desviar su atención, pero no se me ocurre ni una sola noticia positiva sobre mí y mi vida.

—¿No vas a zumba hoy? —intento.

El rostro de mi madre se transforma en un segundo. La arruga de la frente se alisa y unos hilos invisibles le elevan la cara.

—¡Sí! Cenamos algo rápido, ¿no?

—¡Podemos hacer tortilla! ¡Con queso de cabra y espinacas!

—Y quizá con un poquito de beicon crujiente.

Mi madre irradia alegría. El queso de cabra nos hace felices a las dos. Eso y un par de cosas más relacionadas con la comida, como un aceite de oliva muy caro de una región concreta de Italia que compra cuando puede permitírselo. Me pone una mano sobre la mejilla, lo que significa que olvidamos que soy una joven deprimente. Antes de llegar a la puerta, se detiene, mueve el culo de manera obscena y me lanza en broma una sonrisa seductora por encima del hombro.

Nada más marcharse, intento volver a la fantasía nevada. Es difícil. Recorro a una antigua con la que me suele gustar continuar, esa en la que soy una enana y me convierto en la primera jefa de Estado bajita, con la misión de resolver el problema de los extraterrestres ultrainteligentes que están a punto de hacerse con el poder en todo el planeta. Sonríe para mis adentros cuando al entrar en una reunión con los líderes mundiales, estos intentan disimular como si no pasara nada. «¡¡Eh!! —les grito—. Que soy enana, ¡joder! ¿Es que no os habéis dado cuenta?»

Después la cena está lista.

Mientras comemos, me habla sobre sus pacientes, esos que hacen cosas raras. «Y cuando el doctor le preguntó si le resultaba incómodo que le metiera un dedo en el ano, el abuelete respondió: “No, me da gustito”. Desde luego, hay cada chiflado por ahí...» Enseguida sigue con otra historia sobre un bulto rarísimo que le salió a una anciana en la cabeza. Mi madre dice que no hay nadie en el mundo con un trabajo más divertido que el suyo. En el hospital se aprenden cosas todos los días, y le encantan sus compañeros de trabajo. Está claro que pretende contagiarme su entusiasmo por el mundo laboral.

A veces no llego a entenderla. Lo primero que oigo por las mañanas es su canturreo, a pesar de que lo único que le espera al despertarse es un día de trabajo estresante y un poco de zumba en el gimnasio.

—¿No estás cansada? —pregunto.

Me mira como si yo no estuviera bien de la cabeza.

—¿Y por qué iba a estar cansada?

—En el periódico dicen que el trabajo de enfermera es muy poco agradecido.

Lleva su plato al fregadero y lo aclara.

—La gente no hace más que quejarse, y eso no puede ser, así lo único que consigues es amargarte la vida. No seas una amargada, Lex. Prefiero que fumes a que seas una amargada. Bueno, a ver, no es que crea que debas fumar, o sea, lo que quiero decir... —explica para a continuación mirar el reloj y desperezarse—. ¡Jo, qué bien tener clase de zumba hoy!

Recibo un mensaje de Jonatan:

«Me quiero morir. Pero antes te voy a ganar al Apalabrados».

Le contesto que no tengo tiempo para jugar al Apalabrados esta noche, ya que voy a perderme en pensamientos oscuros sobre el futuro para ver si consigo que haya un poco de equilibrio en casa.